

Alocución pronunciada por el Presidente de la Academia Nacional de Medicina Dr. José Torres Torija, con motivo de la inauguración del Sexagésimo Séptimo año académico.

HAY dos edades — ha dicho un médico francés — para filosofar: «La mañana dichosa de la juventud cuyos ímpetus pueden ser graves y sus ardores reflexivos y la tarde de la vida, en la que, a condición de que los años no nos hayan tratado con demasiado rigor, la luz sabe ser a la vez apacible y llena de colorido. El hombre maduro es todo para la acción presente; y, si observa no medita». Cualquiera que sea la exactitud de estos conceptos, han venido hoy a mi mente, al llegar a su término la honrosa misión que la benevolencia de mis colegas quiso encomendarme, y lanzar una mirada retrospectiva al año académico concluido ayer.

Días de ardiente y grave reflexión fueron, en efecto, los primeros de mi labor, y no exentos de angustia y escrúpulos al pensar lo que podría hacerse, dadas la gran significación de la Academia, la intelectualidad elevada de sus componentes y la importancia de la función social que debería desempeñar. Más tarde, al correr presurosos los días y en el eslabonamiento de las semanarias sesiones, que sin tropiezos ni zozobras iban tomando su cauce, la acción exclusiva del presente dominó mi espíritu con la observación profunda de los hechos; finalmente, en los últimos días del año concluido, al desarrollar mis postreras actividades, me he detenido a meditar con la serena y apacible luz de la experiencia adquirida, sobre los días pasados; y al examinarlos en su conjunto y exponer su obligatoria síntesis, ya sin el temor ni la angustia de la época inicial, experimento la radiante satisfacción de quien siente la fuerza y firmeza de un cuerpo colegiado que ha podido afianzar vigorosamente el sexagésimo séptimo año de su existencia.

Nuestros corazones se elevan y nuestras almas se confortan, al corroborar que la Academia Nacional de Medicina, en las múltiples manifestaciones de su vida durante el año transcurrido, lo mismo en las habituales, que en las extraordinarias, se ha mantenido a la altura de su misión y dentro del espíritu y las tendencias de la época en que actúa, pero, sin perder las orientaciones de fé, ciencia y amor que le trazaron sus fundadores.

Un rasgo dominante ha caracterizado, en mi sentir, el sexagésimo sexto año académico: la exteriorización de sus actividades sociales y científicas; el predominio creciente de la vida exterior o colectiva sobre la interior o personal, de las manifestaciones públicas sobre las formas domésticas. De muchas de ellas os ha dado cuenta el detallado informe del Secretario Anual,

Dr. Escontría y no habré por tanto de repetirlas. Quiero poner de relieve, tan solo, algunas que patentizan la intensa vida exterior de nuestra Academia.

Presurosamente, llenos de júbilo, dando honor a quien honor merece, nos asociamos al homenaje público que las Autoridades del Distrito Federal, secundando la iniciativa del Director de Acción Cívica, Cultural y de Reforma Social, tributaron en memorable velada, al ilustre médico, Académico Honorario, don Gregorio Mendizábal, con motivo de su jubileo profesional. En sesión especial, hónrose la memoria del historiador médico don Nicolás León; y en otro acto, lleno de solemnidad y emoción, el Jefe del Departamento de Salubridad Pública entregó a la Academia el busto de don Manuel Toussaint, sabio maestro, que en dos períodos fuera su Presidente, busto que, como expresión de un recuerdo doloroso, esculpió en madera la devoción filial del hijo del maestro; y prendimos, finalmente, los luctuosos crespones de nuestro silencio en el único día de duelo del año académico, con motivo de la muerte de don Ignacio Prieto.

Señalados ya los homenajes que la Academia tributara a sus socios muertos o a aquellos que en la continua brega han escrito en su vida páginas gloriosas, tenemos que anotar el regocijo que nos produjera la circunstancia de que dos calles de la Capital recibiesen los nombres de dos insignes médicos, Presidentes ambos de la Academia: Dn. José Ramos y Dn. José Terrés.

Y hay que marcar también, como fechas memorables en nuestra historia, las de la visita que médicos, todos, de los países de la América Española nos hicieran al celebrarse el VII Congreso Médico Latino-Americano. Aún parece escucharse en esta sala el eco de la voz vibrante del Delegado cubano Aguirre Aballí, contestando nuestra salutación y el timbre musical de Teresa Gaudino, agradeciendo la distinción que en sus personas recibieran las Repúblicas Cubanas y Argentina. Y a modo de prolongación de aquella memorable velada, la visita de otro argentino: el médico legista Alberto Stucchi y la de los jóvenes chilenos Vivado y Constant.

Y posteriormente, demostración clara de la acción poderosa que la medicina ejerce en el alma humana, y evidenciando que ni las frías exigencias del protocolo, ni la inquieta vida social pueden desviar al médico, dos colegas, honrando sus investiduras diplomáticas, nos trajeron su cordial saludo y su colaboración fraternal; uno de ellos, camarada de los días estudiantiles, don Ricardo Alduvín, Ministro de Honduras, y el otro, al que desde entonces hemos inscrito en los libros de nuestra amistad, el señor Embajador de Guatemala Dr. don Manuel Arroyo. Y después, embajadores de la ciencia, peregrinos de la verdad y del trabajo, al insigne oftalmólogo vienés Fuchs, a quien tuvimos la alta satisfacción de entregar las insignias académicas; y, ayer apenas, al Profesor del Río Horteiga quien con su admirable capa-

cidad didáctica y la novedad de su técnica dejó hondas huellas de admiración y de afecto entre nosotros.

Hemos visto también reforzadas nuestras filas, con la llegada de briosos contingentes juveniles encarnados en Ignacio González Guzmán y en el talentoso e infatigable Alfonso Alarcón, la lista de nuestros corresponsales, háse acrecentado con los nombres de GALLEMAERTS, CASE, BORDET y NOLF y la de honorarios se ha engalanado con el prestigiado nombre del doctor Hugh S. Cumming, Cirujano General del Servicio de Sanidad de los Estados Unidos de Norte América.

Hemos cultivado las más cordiales relaciones con las Sociedades Científicas hermanas, no solamente en las reuniones mensuales que por fecunda iniciativa de nuestro Secretario Perpetuo, Director de Acción Cívica, vienen verificándose desde hace algún tiempo, sino también dándoles albergue en este propio recinto.

Buscándose, como siempre se ha hecho, temas novedosos y de utilidad general, se eligieron para el concurso anual los siguientes:

- I.—La anestesia por vía endovenosa. Sus ventajas y sus desventajas.
- II.—La vacuna contra la tuberculosis.

Finalmente, en el orden material y bajo los auspicios generosos de la Universidad Nacional Autónoma, y merced a la vigilante y cuidadosa administración del señor Dr. Bandera, Tesorero General, se ha logrado mantener el equilibrio económico de la Academia y publicar oportunamente la «Gaceta Médica»; habiendo ya visto la luz el número de septiembre. La Biblioteca y el Archivo han sido también completamente reorganizados.

La enumeración de los hechos anteriores evidencia la intensidad de la vida exterior de la Academia Nacional de Medicina, durante el período de 1929 a 1930; el dinamismo de que ha dado muestras y que indican claramente que ha sabido sentir y ha sentido la influencia del momento que vivimos; adaptándose, sin perder sus modalidades de corporación aristocrática, al movimiento democrático de actualidad; difundiendo su acción social sin perder por esto las ejecutorias de su abolengo. Es decir, ha sabido evolucionar, y quien dice evolucionar dice adaptarse, y quien habla de adaptación habla de vida y de progreso.

Algún distinguido ex-Presidente nuestro, en ocasión análoga decía: «La vida del médico, es de paz y tranquilidad completa en la conciencia, porque no es labor ruidosa y de fugaces explosiones; al contrario, la vida médica fluye silenciosamente y de ocultos manantiales purísimos y aun suele detenerse en remansos de quietud admirable, sin dejar por ello de seguir fecundando las márgenes floridas». Admirablemente bellas y exactas son tales frases; es menester, empero, que si las aguas son purísimas, acudan a beberlas todos los que quieran sentir el frescor de la Ver-

dad y de la Ciencia; que las márgenes floridas aumenten su extensión y puedan regocijar la vista y el espíritu del mayor número; y que, si en lugar de manantiales puros y arroyos transparentes, al acrecentarse se transforman en potentes cataratas no solo sirvan como espectáculo que fascine a quien las mira, sino que, transformando sus energías, se vuelvan luz para todos los cerebros, calor, fuerza y movimiento para todos los corazones.

Nuestra Academia al intensificar su acción, al salir de los moldes domésticos en que por mucho tiempo ha quedado encerrada, no ha hecho otra cosa que seguir la maravillosa transformación de la Medicina. Si observamos lo que con ésta ha acaecido, encontraremos que su dominio ha crecido tan pronto y en tales proporciones en el orden del conocimiento y de la acción, que no podría ser ya reconocida por los médicos de las épocas primitivas.

Creada como resultado de la necesidad urgente de aliviar el dolor y curar la enfermedad, su único fin fué exclusivamente ese: «curar», y por ello confundióse frecuentemente con las prácticas mágicas de las religiones primitivas. Sin otro fundamento inicial que el empirismo y la observación de hechos simples, estableció sus bases científicas, merced a los trabajos de los Anatomistas del siglo XVI, reforzándolas más tarde, cuando en el XVII el descubrimiento de Harvey trajo a su campo el estudio de la Fisiología. Desde entonces, y por la adopción cada vez mayor de disciplinas auxiliares, se ha ensanchado más y más, y modificando su estrechez primitiva no se limita solo a curar, quiere también investigar, transformándose de arte, en ciencia. Así pues, del empirismo primitivo, y por etapas sucesivas, con la Patología, anatómica primero, fisiológica después y al fin biológica, ha llegado a constituir «ese conjunto armonioso y sin cesar movedido que es la Medicina Moderna», de la cual habrá de surgir completamente transfigurada la Terapéutica. Los que cultivan el conjunto de disciplinas que constituyen la medicina contemporánea tienen que ampliar sus horizontes y no limitarlos a los fines puramente terapéuticos; cambiar sus conceptos como los modificó aquel genial precursor que se llamó Leonardo da Vinci, de quien dice uno de sus biógrafos «que habiendo dado como regla al pintor el estudio de la Naturaleza, al apasionarse por los estudios científicos, llegó a ser de tal manera dominante en él esa pasión, que ya no quería adquirir la Ciencia por el servicio del Arte, sino la Ciencia por la Ciencia misma».

Y la prodigiosa evolución de la Medicina ha cambiado y seguirá cambiando sus modalidades en forma tal, que habrá de ser en un porvenir, quizá no lejano, la ciencia de prevenir.

Al dinamizarse, trata, con la incesante observación, con la corroboración experimental rigurosa de los fenómenos, de ensanchar sus dominios e inva de a pesar de todo y contra todos, campos que antaño hubiesen pa-

recido quiméricos. No se limita pues, por noble que sea esta misión, a aliviar el dolor y a curar la enfermedad. Quiere más, quiere estudiar no solamente al hombre enfermo, sino íntegramente, hasta donde esto sea posible, asomarse en el complicado mecanismo del hombre sano, para sacar de esa observación, de la fisiología normal, las enseñanzas que habrán de servirle para llegar hasta los misteriosos dinteles que separan la salud de la enfermedad, la vida de la muerte. Por esto es, que la medicina actual es fundamentalmente funcional y quien dice funcional o fisiológica dice dinámica, lo cual significa, que sin olvidar el fondo anatómico, le interesan especialmente las perturbaciones de la función. Y por esto es, repito, que al dinamizarse ha ido abarcando los extensísimos campos de la Higiene, de la Previsión Social, de los grandes problemas que las modalidades del trabajo moderno han impreso a las agrupaciones obreras e industriales. «La ciencia de los antiguos era un cuerpo de doctrinas inmutables. La de hoy vive, evoluciona, se transforma». «El sabio de antes era un hombre que sabía, el de nuestro tiempo, es un hombre que busca siempre y a veces encuentra». La Academia Nacional de Medicina en la actuación de sus últimos años ha seguido maravillosamente el movimiento renovador y dinamista, porque, independientemente de sus actividades meramente sociales, al buscar el intercambio, al exteriorizar las de orden científico, no ha hecho otra cosa que continuar en la búsqueda incesante, en el anhelo continuo de descubrir hechos, de precisar fenómenos, de adquirir experimentalmente una verdad científica. Es decir, ajustar tal búsqueda a la práctica científica, sin la cual la Medicina, al decir de Rist, «no sería más que una quimera». Ha gustado de la comprobación objetiva, y experimentado desconfianza para todo aquello que no es más que hipótesis y conjetura, huyendo, hasta donde humanamente ha sido posible, al par que del excepticismo estéril, de la credulidad primitiva. No ha sido tampoco el espíritu de criticismo exaltado quien ha informado sus actividades, pero sí ha pensado que la importancia científica de un hecho o de un descubrimiento no deben medirse tan solo por su utilidad práctica inmediata. «La ciencia médica como todas las ciencias, tiene por único objeto la investigación de la verdad y es desconocerla y degradarla pretender distraerla para fines utilitarios, así fuesen los más bienhechores y los más generosos. El verdadero sabio es aquél que trabaja mejor para conocer el «cómo» y el «por qué» de los fenómenos».

Fiel a estos preceptos, nuestra Academia Nacional de Medicina, ha normado todos sus actos y sus apreciaciones, al estudiar los problemas que se le han presentado y resolver las consultas que se le han hecho, aún en circunstancias apremiantes, teniendo que resistir a las veces los ataques enconados e injustos de sus enemigos, expresando, sin temores y con firmeza lo que ha creído verdad. Naturalmente que no pretende ni puede

pretender que sus dictámenes sean inatacables. No rechaza la discusión, ni siquiera la rehuye. Sabe por la experiencia de los tiempos pasados el peligro inmenso de la supercrítica y no pretende sostener la infalibilidad de sus conclusiones; convencida como está, de que la Ciencia es evolución y evolución es cambio, solamente desea que la discusión, el comentario o la réplica sean hechos en el terreno de la Ciencia y de la Verdad; de la Ciencia y de la Verdad que, a semejanza del Amor, nos hacen ver las cosas grandes y bellas y sin la deformación y la fealdad con que el odio y la injuria reflejan todas las imágenes. Por tal razón, creo que en todo caso hemos cumplido con nuestro deber y podemos ufanarnos de que la Academia no sea un cuerpo anquilosado y envejecido, sino por el contrario, una agrupación que alienta y crece, y siente y palpita con el ritmo de la vida moderna. No somos la rígida corporación que, celosa de modalidades puramente protocolarias, rechaza de su seno al que no sabe el latín. No iremos en peregrinación airada a las puertas de la Universidad Nacional a reclamar privilegios ya pasados o trámites de mera fórmula. Nuestras puertas están ampliamente abiertas a toda investigación, a toda novedad, pero queremos que esa investigación y que esa novedad estén dentro del más estricto molde del método científico. Por ello, al contemplar esta noche el esfuerzo desarrollado en el año anterior; al retirarme agradecido y ennoblecido por la honra que se me ha dispensado, otorgándome el primer puesto en nuestras filas, un sentimiento de brillante optimismo alienta en mí, al sentir la fuerza y la pujanza de la Academia Nacional de Medicina. Habrá de seguir, no lo dudemos, por los propios derroteros de riguroso método, de investigación científica, de crítica serena, de atracción para todos aquellos que, comulgando con nuestra misma fé, se encuentran distanciados de nosotros, por momentáneos intereses, pues atraerlos a la Verdad es hacerles el bien y en esta tarea no debemos desfallecer, teniendo presentes las frases del iluminado de Tarso: «No nos cansemos pues, de hacer el bien, porque a su tiempo cosecharemos, si no desfallecemos. Y así, mientras tenemos tiempo, hagamos bien a todos y mayormente a aquellos que por la fé son de nuestra propia familia».

México, D. F., a 1º de octubre de 1930.

JOSE TORRES TORIJA.

BIBLIOGRAFIA

(1) E. Rist. — Qu'est-ce. Que la Médecine?

(2) Discurso pronunciado por el doctor Everardo Landa, Presidente de la Academia Nacional de Medicina de México, en la inauguración solemne del LXIV Año de labores de la Corporación.